

hó

Alhóndiga Bilbao

CINCUENTA AÑOS DE LA URSS A TRAVÉS DE LALENTE DE DMITRI BALTERMANTS

[1939-1989]

El capitán del Ejército Rojo Baltermants, graduado en Mecánica, licenciado en la facultad de Matemáticas en la Universidad de Moscú, y profesor de Matemáticas en la Academia Militar, recibió su primer encargo como fotógrafo profesional del periódico estatal soviético 'Izvestia' en 1939. Se le había enviado a fotografiar la llegada de las tropas soviéticas al Oeste de Ucrania. El resultado fue tan impresionante que el gran 'Izvestia' –sin duda, el periódico soviético más influyente– le ofreció de inmediato el puesto de fotógrafo en plantilla. No son tantos los que habrían cambiado la brillante promesa de una carrera académica con rango militar por la vida de vagabundo del fotoperiodismo, pero Baltermants tomó su decisión sin dudar.

1939 es el año del gran cambio estilístico de la cultura soviética. El Realismo Socialista, impulsado por el poder comunista desde mediados de los 30, ya había dislocado virtualmente todos los demás modos estéticos en la esfera artística, incluida la fotografía, donde hasta muy recientemente coexistían el pictorialismo, el modernismo y el reportaje.

Con su primer reportaje, Dmitri Baltermants acertó de lleno en las demandas de la nueva época. Justo a sus espaldas quedaba el gran momento de la vanguardia soviética representada por figuras como Aleksandr Ródchenko, Vladimir Mayakovski, Vsévolod Meyerhold y Serguéi Eisenstein, entre otros. En 1926, con tan solo catorce años, Baltermants ha-

bía empezado a trabajar en la imprenta de 'Izvestia' como tipógrafo; también había hecho prácticas como operador y como asistente de arquitectos y fotógrafos profesionales.

A partir de junio de 1941 Baltermants trabaja como corresponsal de guerra para 'Izvestia', realizando reportajes sobre las batallas de Moscú, Crimea y Stalingrado. En 1943, tras un fatal error del editor del diario, quien se equivocó al titular algunas de sus fotos, de modo que desafortunadamente fueron a imprenta sin corrección, fue enviado a un batallón de castigo, al que sobrevivió de milagro. 'Indultado' por una grave herida que casi le cuesta una pierna, tras la convalecencia en un hospital, regresa por fin al frente en 1944 como fotógrafo, esta vez no por cuenta de 'Izvestia', sino del periódico del ejército 'Na razgrom vraga', registrando las campañas militares en Polonia y Alemania. La mayoría de sus fotografías de guerra solo vieron la luz durante el 'deshielo' de Kruschev, mientras que su famosa fotografía 'Pena', que le dio reconocimiento internacional, no se publicó en la URSS hasta 1975, treinta años después de haberse tomado.

A su regreso del frente, con miles de negativos y cientos de copias impresas, el condecorado veterano Dmitri Baltermants buscaba trabajo en vano. Los antecedentes penales eran una mancha en su currículo, y además durante la campaña paranoica contra el 'cosmopolitismo' sus orí-

genes judíos le cerraron las puertas de los periódicos soviéticos, incluso de aquellos en los que habían podido admirar sus fotografías. Finalmente, el poeta Alekséi Surkov, editor jefe de 'Ogoniok', la revista ilustrada más importante del momento con millones de copias en la calle, asumió el riesgo de contratarle. Fue allí donde Baltermants trabajó hasta su muerte en 1990, dirigiendo la sección de fotografía desde 1965.

Baltermants se embarcó en su carrera profesional al tiempo que la URSS sellaba el 'telón de acero', que aislaba el arte soviético del resto del mundo. En ese momento, la fotografía pasaría de ser un arte respetado y popular a una servil máquina ideológica, perdiendo prácticamente su estatus artístico. Baltermants fue uno de los pocos profesionales que mantuvieron su éxito tanto dentro como fuera de las fronteras durante casi medio siglo. En Rusia, millones de lectores de 'Ogoniok' decoraban las paredes de sus deprimentes apartamentos comunales con las portadas de la revista ilustradas con sus fotos. En el exterior de la URSS, Baltermants participó a menudo en exposiciones internacionales y fue jurado de prestigiosos concursos en un momento en el que poder viajar al extranjero estaba fuera de cualquier posibilidad no solo física, sino en la mentalidad de los ciudadanos soviéticos.

A pesar de que para los estándares soviéticos la carrera de Baltermants fue exitosa –ya que trabajó, publicó y expuso ampliamente, y tuvo la oportunidad de trabajar fuera–, nunca fue considerado del todo un fotógrafo soviético. Un talento profesional brillante, un impecable sentido de la composición (mientras que Ródchenko inventó la composición en diagonal, Baltermants, el matemático, fue un virtuoso de la horizontal), junto con un innato sentido aristocrático le permitieron ser un artista cosmopolita independiente, alguien que estableció relaciones normales con el régimen soviético, al que nunca pretendió traicionar, pero tampoco representar. Incluso en sus imágenes más líricas consigue mantener cierta distancia con el tema retratado. En consecuencia, la mayoría de sus fotografías no suponen un mero archivo de la historia soviética, sino una metáfora reflexiva sobre su tiempo, un tiempo a la espera de un futuro.

Baltermants destacaba tanto en los reportajes del frente como en la escenificación o casi escenificación que ensal-

zaba el trabajo heroico y los logros del pueblo soviético, así como en el paisaje y en el retrato. No desdeñó el recurso al 'collage', insertando espesas y oscuras nubes en las fotos de guerra para subrayar el carácter trágico de la escena. En la fotografía soviética, el retoque había sido utilizado tradicionalmente para eliminar de la Historia a los personajes incómodos. Baltermants hizo lo opuesto: engrandecía deliberadamente la figura del líder, insertaba a los VIPs del Partido Comunista en una toma del mausoleo de Lenin –donde la élite soviética se alineaba durante las celebraciones– que había fotografiado previamente. Luego fotografiaba los collages de modo que estas 'composiciones ideales' regulaban el rango de los seguidores más próximos a Stalin, cada uno de los cuales aspiraba a situarse en la mayor proximidad al 'líder del pueblo'. En cierta ocasión, Stalin se dio cuenta de que pasaba algo raro en esas tomas, y pidió explicaciones. Afortunadamente, la cuestión se resolvió sin consecuencias serias.

Los retratos de políticos constituyen un capítulo especial en la obra de Dmitri Baltermants. Retrató a los secretarios generales del PCUS, Stalin y Kruschev, Brezhnev y Andropov, Chernenko y Gorbachev... Contempló a los jefes soviéticos sin miedo, y también sin ironía y sin compasión. Los veía con los ojos de un hombre libre, capaz de captar no tanto los asuntos de protocolo como los momentos que simbolizan la personalidad de aquellos que representan una era, tanto como la era en sí se manifiesta a través de su personalidad.

Baltermants era consciente del legado de la fotografía rusa de la vanguardia, y del legado de la fotografía en general. Conocía a Henri Cartier-Bresson, Robert Doisneau, Marc Riboud, Josef Koudelka y a otros grandes maestros de finales del siglo XX. Por un lado su fuerte, inteligente, sabia, valiente y atractiva personalidad contribuyó a crear y sustentar los mitos en los que se basaba el régimen soviético, los mitos sobre la vida de la gente más poderosa y feliz de la tierra; pero por otro lado, desnudó sin piedad la realidad de sus mitos, subrayando en sus fotografías el dolor y las dichas humanas que no dependen ni de fronteras geográficas ni de estructuras sociales.

Olga Sviblova

Directora

Museo Casa de la Fotografía de Moscú

Organizan



www.mdf.ru

Ministerio de Cultura de la Federación Rusa
Gobierno de Moscú
Departamento de Cultura de Moscú
Museo Casa de la Fotografía de Moscú

En el marco del Año Dual España-Rusia

